

LECTURA Y NATIVOS DIGITALES

DARÍO VILLANUEVA

Universidad de Santiago de Compostela

De la Real Academia Española

Real Sociedad

Menéndez



Pelayo

SANTANDER

Conferencia leída en la Real Sociedad Menéndez Pelayo
el 14 de mayo de 2010

I.S.B.N.: 978-84-936065-7-2
Depósito Legal: SA-27-2011
DOI: <https://doi.org/10.55422/ppsm/52>
Edita: Sociedad Menéndez Pelayo
<http://www.sociedadmenendezpelayo.es>
presidente@sociedadmenendezpelayo.es

LAUDATIO del Prof. Dr. D. Darío Villanueva Prieto
(de la Real Academia Española),
con motivo de la concesión y entrega del
I Premio de Investigación Humanística Real Sociedad Me-
néndez Pelayo
(Santander, 14 de mayo de 2010)

Es recurso frecuente cuando alguien se encuentra en compromisos como este, ponderar la dificultad del trance, aunque -como es el caso- constituya un encargo tan grato como honroso, y por ello asumido con entusiasmo. Me acojo a esa costumbre; mas no como estrategia para captar una benevolente acogida a mis palabras, sino como sincero reconocimiento de los escollos que habré de superar para cumplir con acierto la encomienda que se me ha hecho. Sin desdeñar una circunstancia especial que hace especialmente comprometido el empeño, y que no les quiero ocultar: al contraste entre los muchos méritos que concurren en el destinatario de la *laudatio* y las limitaciones del encargado de hacerla, ha de añadirse que quien les habla tiene a nuestro hoy premiado por maestro, colega y amigo muy preciado. Pero me importa declarar que tal condición, de la que me siento orgulloso, no empañará la objetividad de mis palabras. Afortunadamente, la vida académica, con su repetido ceremonial de tribunales, comisiones, juntas, informes, elecciones, debates, evaluaciones... enseña y obliga, a quienes tal oficio profesamos, a juzgar con ponderación y ecuanimidad el mérito de quienes pueden ser -aparte de colegas, competidores o adversarios (según los casos)- compañeros y amigos.

Como lo somos el profesor Villanueva Prieto y yo, desde que, allá por la famosa primavera de 1968, tuvimos ocasión de compartir estudios -y algo más- en las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad compostelana. Posteriormente, nuestro homenajeador ha sido miembro del Tribunal que juzgó mi tesis doctoral; en su calidad de Secretario de la Facultad de Filología firmó la notificación de mi primer nombramiento como profesor en ella; desde entonces somos compañeros de De-

partamento y él ha sido mi Decano y mi Rector. Sin olvidar -más bien, todo lo contrario- los varios proyectos de investigación, editoriales o docentes, los congresos, estudios y publicaciones que hemos compartido... o que tenemos entre manos. Mas no conviene seguir por ahí, pues, en lugar de encarecer lo difícil de mi aspirada imparcialidad, parecería que pretendo acogerme a la sombra de sus méritos, como si, en momentos de especial y público reconocimiento, algo de ellos se derramase sobre quienes nos declaramos sus próximos o amigos.

El Premio de Investigación Humanística de la Real Sociedad Menéndez Pelayo, en su primera convocatoria correspondiente al pasado 2009, fue concedido, por el Jurado nombrado al efecto, a su libro *Imágenes de la ciudad: poesía y cine, de Whitman a Lorca*: procede, pues, que, antes de hablar del autor y enumerar -de manera forzosamente sintética- los rasgos más sobresalientes de su personalidad científica, nos ocupemos del libro que ha sido merecedor de tal premio, y que es un mérito muy concreto entre los muchos del profesor Villanueva que podrían aducirse.

En Asamblea General Ordinaria del 26 de abril de 2008, nuestra Sociedad, tras animado debate en el que tuve ocasión de participar, acordó la convocatoria anual, con el patrocinio y subvención del Ayuntamiento de Santander, de un premio denominado como el sabio cuya sombra y magisterio nos acoge, que se concedería a un libro publicado en el año anterior, en cualquiera de las lenguas de España, sobre alguna de las materias que competen a la sociedad convocante, y que son también los que don Marcelino cultivó: Filología, Filosofía, Historia y Humanidades Clásicas. Meses más tarde, y según lo previsto en el Reglamento de ese premio, varios miembros de la Sociedad, luego de un intenso intercambio de opiniones, consideraciones y propuestas, presentamos ante la Junta de Gobierno la candidatura del libro antes citado. Como indicio del respaldo que tal propuesta suscitó baste indicar que, si bien el reglamento exige que las candidaturas sean avaladas por al menos diez miembros de la Sociedad, esta cifra fue casi triplicada. No puedo detenerme aquí a mencionar sus nombres, pero sí las instituciones a que están vin-

culados, como indicio del reconocimiento universal de que goza el profesor Villanueva: las adhesiones procedieron de las Universidades de Alicante, Amsterdam, Barcelona, Borgoña, Birmingham, Cantabria, City University of New York, Complutense, A Coruña, Milán, Minesota, Nebraska-Lincoln, Niza, Karlova de Praga, Ohio State University, Santiago de Compostela, Temple University, Toulouse-Le Mirail, Valencia, Valladolid, Vigo, Virginia, Washington University, Yale; así como del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, de la Real Sociedad de Menéndez Pelayo y del Centro de Estudios Montañeses.

Y conviene advertir que, en sus adhesiones a la propuesta, la mayoría de estos compañeros no se limitaban a apoyar tal candidatura, sino que, para convencer al Jurado que había de resolver aquel premio, la justificaron con una muy pertinente argumentación. Permítaseme, por vía de ejemplo, citar algún párrafo de aquellos escritos:

“Dicho ensayo -escribía la profesora Clemessy, catedrática emérita de la Universidad de Niza- revela un cumplido afán comparatista, un marcado interés por las literaturas y las artes de nuestros tiempos y una fidelidad al espíritu humanista que no dejan de recordar las actividades investigadoras del Maestro don Marcelino”. Por su parte, el profesor David Gies, catedrático de la Universidad de Virginia, argumentaba: “Este estudio, de impresionante erudición, abarca temas fundamentales para nuestra comprensión de la integración de España en el mundo moderno. El acercamiento interdisciplinar del libro, en el que se entrelazan numerosos aspectos de la literatura (poesía, narrativa), cine, pintura, fotografía, ciencia y arquitectura, combina con magistral efectividad la teoría contemporánea con lecturas especializadas de muchas de las obras icónicas de la España de fines del XIX y principios del XX.” Otra prestigiosa hispanista estadounidense, Noël Valis, catedrática en la Universidad de Yale, decía de este libro que “es un cuidadoso estudio del tema de la ciudad en sus relaciones con la literatura y el cine. Su amplia perspectiva es comparatista, estableciendo una conexión importante entre la poesía de Walt Whitman y la literatura y el cine vanguardista del siglo XX (...) Este libro, rigurosa y lúcidamente escrito, representa un

alto nivel de investigación humanística”. El profesor Enmanuel Larraz, catedrático de la Universidad de Borgoña, explicaba: “El profesor Villanueva estudia en este libro, de manera verdaderamente rigurosa y brillante, el diálogo que el cine establece, en los años veinte, con la poesía, centrándose en la relevancia que tiene la imagen en estos dos órdenes de expresión que «se iluminan recíprocamente»”. El profesor Luis González del Valle, catedrático de la Universidad de Temple, recordaba que “en España es rara la publicación de estudios críticos que cumplan con los requisitos indispensables de un auténtico estudio de literatura comparada. El libro de Darío Villanueva constituye una valiosa contribución al campo, ya que no se circunscribe a la literatura en una sola lengua, de una sola nación, al atender el proceso literario dentro de coordenadas culturales muy amplias. El suyo es un estudio multilingüe, supranacional e interartístico (...) cuidadosamente escrito y documentado. Ello facilita nuestra comprensión más profunda de aspectos esenciales de la cultura española en su relación inevitable con la cultura de Occidente (...) En suma, el acercamiento de Villanueva resulta paradigmático de lo que la crítica debe ser. Él, como es el caso de don Marcelino, es un auténtico humanista”.

Quiero llamar la atención sobre esa última frase, porque me parece un argumento capital para justificar este premio, y que otros escritos reiteraban: en el que, como uno de los promotores de la iniciativa, remití a los compañeros de la Sociedad, lo razoné en estos términos: “Este libro representa muy bien -salvadas las diferencias de época- el espíritu humanista, el conocimiento de diferentes literaturas, el afán comparatista y la curiosidad por las artes de su tiempo que caracterizan las investigaciones de Marcelino Menéndez Pelayo, a quien este premio quiere recordar”. Y el profesor Borja Rodríguez Gutiérrez, uno de los miembros que en el Jurado defendió su concesión, lo reiteraba así: “el libro reúne todas las virtudes que ha de tener una obra galardonada con el nombre de Menéndez Pelayo: interdisciplinariedad, amplios conocimientos en diferentes ramas de la cultura y la sociedad, y la claridad expositiva que tanto caracterizó a nuestro maestro (...) Hay además dos elementos más que hacen que esta obra sea idónea para este primer premio de la Sociedad

Menéndez Pelayo. Por una parte que sea uno de los grandes maestros de la actualidad en literatura comparada quien lo reciba, dado que Don Marcelino hizo a lo largo de su carrera un constante ejercicio de literatura comparada. Y por otra parte que *Imágenes de la ciudad* sea, como muchas obras de Don Marcelino, la unión de muy diversos saberes, de muy distintos orígenes, en un todo unitario y estructurado”.

No es de extrañar, a la vista de tales y tan convincentes argumentos, esgrimidos por algunos de los más reputados especialistas en el estudio de la Literatura española, que el Jurado decidiese, en los términos recogidos en el Acta que luego se leerá, conceder el premio al libro *Imágenes de la ciudad*, del profesor Villanueva; una de las últimas aportaciones a una producción tan abundante como valiosa, que ha convertido a su autor en figura destacadísima en el estudio de la Teoría de la Literatura y la Literatura Comparada.

Desde que en 1973 el entonces recién licenciado Darío Villanueva publicó su primer libro, *“El Jarama” de Sánchez Ferlosio. Su estructura y significado* (reeditado, revisado y ampliado en 1994), hasta su más reciente volumen (*Ricardo Gullón, crítico, o la vivencia de la literatura*, publicado en nuestra ciudad en 2009), son casi cuarenta, cuya relación íntegra no es posible recoger aquí, aunque sí algunos de sus títulos: *Estructura y tiempo reducido en la novela* (1977, revisado y ampliado en 1994), *El comentario de textos narrativos* (1989; revisado y ampliado en 1992, 1995 y 2006), *El polen de ideas* (1991), *Teorías del realismo literario* (1992, reeditado y revisado en 2004), *La poética de la lectura en Quevedo* (1995, reeditado y aumentado en 2007), *Discurso do Rectorado* (2003), *Valle-Inclán, novelista del modernismo* (2005), *Da palabra no tempo* (2007), *Imágenes de la ciudad* (2008; reeditado y revisado en 2009), *El Quijote antes del cine* (2008), *Las fábulas mentirosas. Lectura, realidad, ficción* (2008), *Después de la Galaxia Gutenberg y de la Galaxia McLuhan* (2008, en edición bilingüe inglesa y española). A los que cabe añadir varios volúmenes colectivos, de los que es editor, compilador o coautor: *La novela lírica* (dos volúmenes, 1983), *Estudios en honor a Ricardo Gullón* (1984), *Trayectoria*

de la novela hispanoamericana actual (1991), *Curso de Teoría de la Literatura* (1994), *Paisaje, juego y multilingüismo* (1996), *Sin fronteras. Ensayos de Literatura comparada en homenaje a Claudio Guillén* (1999), *Avances en Teoría de la Literatura* (2000), *Medicina e Humanismo. Homenaje a Domingo García-Sabell* (2003); y también ediciones críticas, prologadas y anotadas de obras de Bécquer, Pardo Bazán, Baroja, Valle-Inclán, Dieste, Cela... Renuncio, por ser materialmente imposible (pero sería injusto olvidar su mención) a inventariar sus más de cien artículos, capítulos de libros o ponencias en actas de congresos; otras tantas notas breves, reseñas, entradas en enciclopedias, o prólogos; sus aproximadamente cuatrocientos artículos de crítica en suplementos literarios de diversos periódicos; su largo centenar de conferencias, ponencias en congresos, lecciones en cursos y seminarios, discursos...

Por lo que se refiere a su curriculum académico, baste recordar que, desde octubre de 1972 hasta hoy, el profesor Villanueva ha recorrido las sucesivas etapas del escalafón docente: profesor ayudante de clases prácticas, Encargado de curso, Adjunto interino, Adjunto numerario, Titular, y Catedrático desde 1987; ha enseñado Historia de la literatura española y, sobre todo, Teoría de la Literatura y Literatura Comparada, en todos los ciclos y grados, tanto en la Universidad de Santiago, como en otras de diversos países (España, Italia, Estados Unidos, México, Bélgica, Argentina, Francia, República Dominicana, Perú, Canadá, Reino Unido, Irlanda, Sudáfrica, Puerto Rico, Australia, Egipto, Portugal, Alemania, Holanda, Suiza, Taiwan), donde también ha sido conferenciante, ponente y profesor invitado. Ha dirigido trece tesis doctorales (varias de ellas, publicadas) y es doctor *honoris causa* por diversas Universidades del Reino Unido, Suecia, Estados Unidos, Perú y República Argentina.

Ha desempeñado también diversas responsabilidades y cargos de gestión: Secretario (1978 a 1983) y Decano (1987 a 1990) de la Facultad de Filología de la Universidad de Santiago de Compostela, Vicepresidente (1986-1990) del Claustro de esa Universidad, y su Rector Magnífico, por elección reiterada de su claustro, en los mandatos 1994-1998 y 1998-2002. Siendo Rector, fue elegido Secretario y luego Vicepresidente de la Confe-

rencia de Rectores, y Presidente de la Red de Bibliotecas Universitarias. Por otra parte, son muchos los comités, agencias de evaluación, fundaciones, patronatos, organismos e instituciones académicas, científicas y culturales, españolas y extranjeras, de las que forma parte; ha desempeñado responsabilidades directivas en varias sociedades científicas españolas y extranjeras; pertenece a los consejos asesores de unas treinta revistas, así como a los de diversas editoriales y colecciones.

Finalmente, no hará falta recordar que tan dilatado y denso *cursus honorum* alcanzó su acaso más alto grado -por ahora-, con la elección, en julio de 2007, como miembro de número de la Real Academia Española, en la que ingresó en junio de 2008, con una brillante lección sobre *El Quijote antes del cinema*; un año más tarde se le encargó la dirección del *Boletín de la Real Academia Española* y en el pasado diciembre fue elegido por sus compañeros Secretario de tan ilustre corporación.

Concluyo: cuando, en el pasado mes de marzo la Junta de Gobierno de la Real Sociedad Menéndez Pelayo, constituida reglamentariamente como Jurado del Premio de Investigación Humanística que lleva su nombre, acordó unánimemente su concesión al libro del profesor Villanueva, no sólo honraba a su destinatario, sino también a la misma institución convocante: “honrarlo con el premio de la RSMP honra a la casa”, había declarado en su escrito el profesor González del Valle. Gracias a esta sabia decisión, el nombre de don Marcelino queda unido ya al de quien, salvadas todas las distancias y adecuando su pensamiento y metodología a los tiempos que nos ha tocado vivir, no rechazaría ser tenido por uno de sus más cualificados discípulos. Creo que, de haber vivido en nuestro tiempo, el polígrafo santanderino se habría interesado por el séptimo arte, y habría saludado con elogios un libro sobre cine y literatura.

He dicho.

José Manuel González Herrán
Director del *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*

LECTURA Y NATIVOS DIGITALES

Sesión académica en honor de Menéndez Pelayo y entrega del Primer premio internacional de investigación humanística de la Real Sociedad Menéndez Pelayo

Palacio de la Magdalena, Santander, 14 de mayo de 2010.



o creo que pueda expresar ni tan siquiera una mínima parte de la gratitud que debo a la Real Sociedad Menéndez Pelayo, a todos sus miembros y a su Junta de Gobierno, que ha constituido el jurado que me ha otorgado este primer premio internacional de investigación humanística al que no le ha faltado tampoco el concurso de la propia ciudad de Santander a través de su Alcaldía.

Ha sido una decisión extremadamente generosa para mí, que no cuestionaré. Ya estoy en la edad en la que se empieza a hacer caso de los consejos de los padres y el mío me dijo hace ya tiempo: “Hijo, tú nunca desmientas un elogio”. Callaré, pues, muy honrado además porque al libro que ahora se premia lo considero la niña de mis ojos entre toda mi producción investigadora. Pasará el tiempo y esto estoy seguro de que seguirá siendo así, y en esta preferencia mía influirá también el que mis *Imágenes de la ciudad* estén ya para siempre vinculadas a la memoria de Marcelino Menéndez Pelayo y a la tierra incomparable que lo vio nacer.

Un libro como este, que trata de poesía y cine, de Walt Whitman a Lorca, ha sido identificado por quienes lo juzgaron –y este es el mejor elogio que se me podría hacer– con el espíritu humanista, el conocimiento de diferentes literaturas, al afán de compararlas entre sí y la curiosidad por las artes de su tiempo que caracterizaron las investigaciones de Menéndez Pelayo.

Don Marcelino murió el 19 de mayo de 1912, cuando el cinematógrafo todavía ni soñaba con llegar a convertirse en el

séptimo arte que descubrió en él Ricciotto Canudo. Pero yo no puedo admitir una quiebra insuperable entre su magisterio humanístico y modestos trabajos como el mío que van en la dirección indicada.

Creo que comparto con los miembros de la Sociedad que lleva su nombre, a la que ahora me incorporo, una decidida voluntad de incardinarme en la mejor tradición de nuestros estudios histórico-filológicos, pero para ello no hay que dar nunca por cerrado el proceso de nuestra propia formación, por más que el inexorable paso de los años parezca alejarnos de la receptividad discente o, incluso, nos seduzca el canto de sirena de fingir no sabernos encaramados a hombros de verdaderos colosos del saber humanístico como don Marcelino.

Créanme, así, que en la elección del tema de mi disertación de hoy en este recinto mágico de La Magdalena, del que guardo algunos de los recuerdos más gratos de mi vida desde que era estudiante universitario, allá por 1971, está el mejor homenaje que podría hacer hoy a la memoria de Menéndez Pelayo. No será una lección erudita ni especializada, sino que tratará de algo que a todos nos toca, interesa o preocupa, y que tiene que ver con la pervivencia de una cultura secular que personalidades como el gran polígrafo santanderino mantuvieron viva hasta el pasado siglo

Una cultura que tiene en el libro y en el leer el soporte y el fundamento mejor para su pervivencia. Don Marcelino fue persona culta y un sabio excepcional porque fue lector. Lector prematuro, ávido y precoz. Su leyenda a este respecto lo acompaña desde niño, cuando, a ocultas de su madre, apañaba. Los cabos de vela que se le ponían a tiro para iluminarse a hurtadillas por la noche.

Su hermano Enrique cuenta en su artículo “Remotos orígenes de la Biblioteca Menéndez Pelayo” cómo en 1868 Marcelino, a los doce años de su edad, reunía ya 34 volúmenes en uno de los armarios del comedor familiar. Uno de ellos era la *Historia de Inglaterra* de Goldsmith que el muchacho había pedido a su tía doña Perpetua como aguinaldo de Navidad. Tratemos, pues, casi ciento cincuenta años después acerca de esos dos grandes temas: el libro como soporte de la lectura que es fundamento de toda *paideia* y de todo humanismo.

A principios de 2009 se presentaba, a bombo y platillo, el Kindle2, el aparato que Amazon solo vende por el momento a unos pocos privilegiados y representa la última generación de los denominados *eBooks*, el *iPod* de los libros que en la competencia Sony ha bautizado como *eReader*.

Por cierto: ¿cómo le podríamos llamar por estos nuestros lares hispánicos? Adaptar malamente el término inglés como *ibuk* o algo parecido sería demasiado. La expresión “libro electrónico”, es bastante descriptiva del artilugio y sirve también para designar todo texto literario presentado en soporte digital como ocurrió ya en 2000 –por cierto, con escaso éxito– con la novela *Riding Bullet* de Stephen King, y esperemos que se imponga finalmente como también lo hizo “correo electrónico” para *e-mail*, pese a que resulte sin embargo demasiado extensa, y las lenguas tiendan universalmente a la economía. Pero se trata de designar, en definitiva, un nuevo soporte para almacenar, transportar y leer esos escritos más o menos extensos a los que conocemos como libros.

La magnífica operación de mercadotecnia que Jeff Bezos desencadenó en la Morgan Library neoyorquina al presentar su nuevo portalibros ha hecho ya correr ríos de tinta por el ancho mundo y ha reavivado el viejo tema de la inminente muerte del libro a la que algunos agoreros pusieron fecha exacta hacía tan solo unos meses en la Feria de Francfort: el año 2018.

En 1962, un profesor de la Universidad de Toronto publicaba *La Galaxia Gutenberg*. Marshall McLuhan sostenía allí que toda tecnología tiende a crear un nuevo contorno para la Humanidad. Sus avances representan algo así como verdaderas extensiones de nuestros propios sentidos, lo que trae consigo todo un rosario de consecuencias psíquicas y sociales. La tecnología del alfabeto fonético, que data de tres mil quinientos años a. d. C., trasladó a las personas desde el mundo mágico del oído y de la tribu, donde la comunicación se basaba exclusivamente en la oralidad, al mundo neutro de lo visual. El descubrimiento de la imprenta y del papel potenciaron extraordinariamente la cultura del alfabeto, al multiplicarse mecánicamente los escritos y posibilitar la difusión por doquier de libros baratos. McLuhan atribuye a la imprenta no solo el refuerzo del individualismo sino

también la aparición de las nacionalidades modernas, hasta que, a partir del descubrimiento del telégrafo a mediados del XIX, irrumpa la “constelación de Marconi”.

Los que él denominaba “medios eléctricos” –radio, cine, televisión– vinieron a exteriorizar nuestro sistema nervioso central hasta el extremo de que el universo se reduzca a una aldea global, resurja el tribalismo primitivo y se vislumbre una pronta desaparición del libro. En alguna declaración periodística, llegó a anunciar cuándo se produciría este óbito: exactamente en 1980. Fue el año en que McLuhan falleció. No fue el primero en equivocarse a este respecto. José Antonio Millán recordaba en un artículo titulado “Leer sin papel” (*El País*, 9 de abril de 2009) cómo ya en 1894, impresionado por la invención del fonógrafo, un experto aventuró que los cuadernillos de papel impreso, plegado, cosido y encuadernado bajo una cubierta portadora del título de la obra caerían pronto en desuso “como intérpretes de nuestras producciones intelectuales”.

Y sin embargo, a más de un siglo de aquella profecía apocalíptica se puede decir del libro impreso que goza de muy buena salud. Nunca en toda la Historia se han escrito, impreso, distribuido, vendido, plagiado, explicado, criticado y leído tantos, sin que por el momento se perciba ningún síntoma de desaceleración en las estadísticas. Entre otras cosas, porque de 1960 a 1999 se duplicó la población mundial hasta llegar a los 6.000 millones de personas. Añádase el incremento de la alfabetización y del nivel de vida en algunos países. Por limitarnos tan solo a España, en 2007 se editaron 70.520 títulos (el 10,4 % en catalán, el 2% en gallego y el 1,5% en euskera) y se produjeron 360 millones de ejemplares. Al servicio de la venta de tantos cuerpos de libro España dispone de unos 33.000 puntos de venta, de los que tan solo un 15% resultan ser librerías o papelerías-librerías. Y en contra del estigma de que aquí no lee nadie, los estudios más solventes acreditan que en 2007 un 56,9 % de los españoles nos declaramos lectores frecuentes u ocasionales.

Todo ello, junto a la poderosa carga cultural y el arraigo del hábito de leer libros aconsejan prudencia a la hora de proclamar su muerte. Quien se quiera nuevamente meter a profeta, allá él. Siempre le quedará el expediente de explicarnos profusamente en

2019 por qué su vaticinio no se cumplió. Mientras tanto, larga vida a Gutenberg, y a su prole, cuyo benjamín bien podría ser el portalibro electrónico.

No hay que descartar, tampoco, otros inventos posmodernos. También desde 2009 los clientes londinenses de la librería Blackwell's en Charing Cross pueden ya disponer de un nuevo servicio. Se trata de una máquina híbrida, monstruo nacido del matrimonio entre un cajero automático y una sofisticada fotocopiadora en el que cada usuario puede “producir”, por un coste que va de 6 a 13 libras esterlinas, un ejemplar de cualquier obra de su preferencia de entre un catálogo de medio millón de libros.

La impresión es rápida: cien páginas por minuto. Y la calidad del volumen final, simplemente aceptable. El artilugio responde a la denominación de “Expresso Book Machine”, y no es más que la adaptación al servicio directo para el cliente del sistema del “book on demand” que me parece uno de los avances más interesantes de cara a la pervivencia del libro gutenberiano. Porque yo me pregunto: ¿antes que en los umbrales de la muerte del libro, no estaremos en la antesala de la coexistencia de las imprentas, que tanto han evolucionado ya gracias a las nuevas tecnologías, con un nuevo procedimiento de edición que lo que sí va a erradicar es el almacenamiento de los volúmenes en forma de átomos, que no de *bites*?

Que las nuevas tecnologías van a introducir modificaciones en el universo del libro está fuera de toda duda. Y en dos sentidos: en el libro como objeto y en libro como creación intelectual y estética. Me interesa sobremanera el campo ya abierto de la llamada ciberliteratura. Y después de haber presidido durante cuatro años REBIUN, la red de bibliotecas universitarias españolas, desde hace otros tantos dirijo el consejo científico de la Biblioteca Virtual que lleva el nombre de Miguel de Cervantes. Su gran personaje, don Quijote de la Mancha, fue víctima a su modo del libro impreso. Solo con manuscritos no hubiese podido enloquecer con tanta facilidad, y recuerdo haber leído hace tiempo un estudio de la biblioteca medieval de los Reyes portugueses que no tenía más de veinte ejemplares...El ingeniero, poeta y ensayista mexicano Gabriel Zaid (1996) nos advirtió ya en su día del peligro que representan en nuestra sociedad opulenta actual “los

demasiados libros”.

Pero los avances tecnológicos no hacen tabula rasa de todo lo anterior. La gran revolución de lo que Walter Ong (1987) dio en la diana al denominar “tecnologías de la palabra”, esto es, el descubrimiento del alfabeto fonético, no acabó con la oralidad y su soporte, la memoria, en contra de lo que temía Sócrates si hemos de hacerle caso a Platón. Pero tampoco la imprenta de tipos móviles erradicó para siempre el manuscrito; el cine no guillotizó el teatro; el teléfono no dio al traste con las cartas; la radio, con la prensa escrita; la televisión, con la radio...

Acaba de sucedernos: el *Boletín Oficial del Estado*, antes *La Gaceta de Madrid*, el órgano oficial para la difusión de las decisiones legislativas y gubernativas, ha dejado de publicarse en papel, y con el mismo formato que lo caracterizaba solo es accesible ahora en versión digital. ¿Alguien llorará por ello? ¿Qué mejor soporte que el informático para la indigesta aridez de todas esas disposiciones, tan onerosas de archivar? No creo, por lo demás, que con ello se haya perdido para siempre el beneficio de un impensable “*plaisir du texte*” en este trance.

Otra cosa es preocuparnos por algo que muchos ya se han preguntado: ¿hasta qué punto las nuevas tecnologías pueden alterar la relación entre las personas y su entorno natural y cultural, su modo de estar en el mundo y de comunicarse con la realidad? Justamente, este hecho ya lo había denunciado con tintes apocalípticos, como acabo de recordar, el propio Platón, que en su diálogo *Fedro o del amor* pone en boca de Sócrates el relatorio de cómo el dios Theuth inventó la escritura. Cuando expuso su descubrimiento al rey Thamus, jactándose de sus beneficios, el imperante se mostró por completo contrario a la innovación, por considerarla sumamente perjudicial para la memoria y, sobre todo, para la verdadera sabiduría, que solo se debería aprender oralmente de los maestros.

Es todavía reciente una noticia alentadora de semejantes apocaliptismos: el profesor David Nicholas, jefe del Departamento de Estudios sobre la Información del University College de Londres, después de experimentar con un centenar de voluntarios de distintas edades, llegó a la conclusión de que los adolescentes de hoy están perdiendo la capacidad de leer

textos largos y de concentrarse en la tarea absorbente de leer un libro.

Frente a lo que sucede todavía con los adultos, los jóvenes entre los 12 y los 18 años apenas se detienen en una sola página web para obtener la información que precisan, sino que saltan de una a otra sin apenas fijar nunca su atención. El material de este estudio ha sido presentado a finales de febrero de 2010 en un capítulo de la serie documental de la BBC titulada LA REVOLUCIÓN VIRTUAL, y según su presentador Aleks Krotoski la conclusión es que para bien o para mal la nueva generación está siendo moldeada por la web.

Cierto es que la irrupción de la nova tecnología representa la posibilidad de una muda de la condición humana como el propio MacLuhan (1969: 224) advertía ya en 1962. Pero –añadía– “promover una lamentación moral acerca de ello es como soltar tacos contra una sierra mecánica porque nos ha cortado los dedos”.

Así, en los años sesenta del siglo pasado, una muchacha recién licenciada, Janet Murray, mientras no lograba una beca para doctorarse en literatura inglesa entró a trabajar como programadora en la compañía IBM. Obtenido finalmente aquel título académico, abandonaría la actividad docente e investigadora para incorporarse al “Laboratorio para la tecnología avanzada en Humanidades” del MIT, donde actuaba ya como director Nicholas Negroponte (1999), el autor de *Being Digital*. Años más tarde, Janet publicaría un libro sobre el futuro de la narrativa en el ciberespacio donde recoge esta sensación desconcertante: “El nacimiento de un nuevo medio de comunicación es al mismo tiempo fuente de entusiasmo y temor. Cualquier tecnología industrial que extienda espectacularmente nuestras capacidades nos pone también nerviosos al cuestionar nuestro concepto de humanidad” (Murray, 1999: 13).

Más radical se había manifestado con anterioridad un conocido crítico literario norteamericano, Sven Birkerts, que en 1994 no había dudado en publicar *The Gutenberg Elegies*, libro como su título da a entender muy pesimista acerca del futuro de la lectura en la era electrónica. Birkerts ensarta una ristra de interrogantes a propósito de cómo las nuevas tecnologías pueden estar

distorsionando nuestra condición humana, fragmentando nuestra identidad, erosionando la profundidad de nuestra conciencia. Y concluye con unas palabras que inciden directamente en la problemática que constituye el meollo de nuestro futuro cultural: la educación. Dice Birkerts (1999: 293): “Estamos renunciando a la sabiduría, cuya consecución ha definido durante milenios el núcleo mismo de la idea de cultura; a cambio nos estamos adhiriendo a la fe en la red”.

En 2003 se repuso en España, después de siete lustros de su última representación, la pieza teatral de Antonio Buero Vallejo *Historia de una escalera*, estrenada en fecha tan temprana como 1949. Bajo la dirección de Juan Carlos Pérez de la Fuente, el Centro Dramático Nacional llevó a escena, en el teatro María Guerrero de Madrid, este texto ya clásico del repertorio español contemporáneo. En él, la crítica valoró desde un principio su carácter de hondo drama que presenta y denuncia el desespero existencial de unas vidas marcadas por el lastre insuperable de una aplastante posguerra.

Asistí a una de esas funciones madrileñas en una tarde primaveral en la que el teatro se llenó de un público para mí especialmente prometedor. Eran docenas de mozos y mozas adolescentes que, acompañados por los profesores de sus centros escolares, acudían al María Guerrero como quien va de fiesta, lo que me resultó fácilmente comprensible: aquello significaba tanto como substituir la rutina de las aulas por la novedad fascinante de una experiencia teatral que, dicho sea de paso, siempre formó parte del repertorio de los recursos educativos audiovisuales *avant la lettre*. Es bien conocido el intenso empleo del teatro por los centros de enseñanza de tradición anglosajona, sin olvidar, más cerca de nuestra cultura hispana, la misma utilización del arte de Talía en los colegios jesuíticos.

La algarabía preliminar no remitió, sin embargo, una vez alzado el telón. Para mi desconcierto, aquel público de gente jovencísima reaccionó expresivamente siempre del mismo tenor, de forma invariable, a las distintas escenas que componían los tres actos de *Historia de una escalera*: rieron generalizadamente, muchas veces a carcajadas, siempre que concluía una situación dramática o un parlamento de personaje, y así escena a escena

hasta el propio final.

Lo que aquello significaba era ni más ni menos que la comprensión de un drama como si fuese una comedia, y esto sin el mas mínimo margen de dubitación. Antonio Buero Vallejo quiso representar, a lo largo de un curso temporal de treinta años, cómo el drama de la vida transmitía de padres a hijos las mismas frustraciones, los mismos fracasos, un mismo destino inmisericorde. Todo esto se manifiesta a través de situaciones repetitivas desarrolladas en el escenario desolador de una escalera que se nos figura como una trampa o cepo en el que quedan atrapadas las vidas tanto de Carmina y Urbano, de Fernando y Elvira, como de la hija de los primeros y el primogénito de los segundos. Todos recordamos, en el acto inicial, el clímax que se produce cuando Fernando, soñador abúlico, promete a su novia una cadena de logros que los irá llevando paulatinamente al triunfo personal y a la felicidad amorosa, y todo remata cuando el chico, embebido en sus ensoñaciones, hace que se vierta la leche que Carmina acababa de traer al empujar el cántaro con su pie. Esta recreación del amargo “cuento de la lechera”, que probablemente ya no dice nada a los más jóvenes, fue festejada con un risueño aplauso del auditorio, encantado, al parecer, por lo cómico de la situación y por la torpeza del protagonista.

Para mí aquella respuesta, la recepción unánime de la pieza de Buero Vallejo por el público estudiantil en clave cómica, ejemplificó nin más ni menos que la muerte del drama, la lectura de una pieza de estas características como comedia, géneros antitéticos entendidos como tales desde que el propio Aristóteles formulase su teoría poética.

George Steiner hace ya casi cincuenta años estudió el gran tema de la muerte de la tragedia. Todas las personas tenemos conciencia del sino fatal que se ceba en algunas vidas pero la tragedia como género dramático tuvo su momento y hace siglos que desapareció. Las fuerzas trágicas son irracionales e insuperables. Cuando las causas de la catástrofe trágica son afrontables con posibilidad de reducirlas o erradicarlas, entonces entramos ya en la esfera del drama, como sucede en *Historia de una escalera*. Una sociedad mejor articulada, más abierta, con más incentivos posibilidades, y un temperamento más decidido,

menos apático y acomodaticio de los protagonistas cambiaría por completo su suerte y los llevaría a la realización positiva de sus vidas.

Buero Vallejo no quiso, sin embargo, ofrecernos esa posibilidad en su pieza; su intento era sacudir dramáticamente al público, generando en él la catarsis de conjurar sus propias servidumbres y miserias, las que tenían los espectadores de 1949 y tenemos también los de hoy, mediante la representación del sufrimiento de quien, sobre el escenario, nos mimetiza. Mas un grupo homogéneo, por edad y por formación, de espectadores de 2003 no se sintió preocupado por semejante propuesta teatral, y de hecho transformaron el drama de Buero en una comedia, fuente de regocijo, de risa, de jolgorio. Ciertamente, el teatro, desde sus mismos orígenes, es fiesta en un sentido litúrgico, ritual, en cierto modo mítico. Es una celebración en la que la sociedad, colectiva, tribalmente, se reconoce a sí misma en la farsa que se reproduce sobre la escena, pero unas veces el fruto de la fiesta, la catarsis, es risueña, mientras que en otras es aceda. Si aquel público mozo reía un drama como comedia, de hecho reducía a esta última posibilidad toda manifestación teatral. ¿Y cómo así?

Claro que tengo presente, llegado a este punto, aquella cita insoslayable del *Eccelesiastés* que nuestros judíos de Ferrara tradujeron como “lo que fue, es lo que será; y lo que fue fecho, es lo que se fará; y no nada nuevo debaxo del Sol”. El último libro que he leído de Milan Kundera (2009: 33) incluye un comentario a cuenta de *El idiota* de Dostoievski que viene al caso. Allí, en el episodio del paseo campestre de Evgueni Pavlovich con un grupo de chicas, el novelista checo recuerda “una risa colectiva de jóvenes que, al reírse, olvidan lo que las movió a reírse y siguen riendo sin razón; luego la risa (ésta muy poco frecuente, muy valiosa) de Evgueni Pavlovich que cae en la cuenta de que la risa de las chicas carece de toda razón cómica y, ante semejante *cómica ausencia de lo cómico*, se echa a reír”

Reflexionando por mi parte sobre lo sucedido en aquella función del María Guerrero se me hizo muy presente una poderosa fuerza que podría haber influido en el fenómeno: la mediación televisiva. Aquellos jóvenes podría ser que participasen por primera vez de una función teatral, como acreditaba quizás

el estado de euforia con que se acercaron al coliseo. Pero, ¿cuántas horas de televisión habrían asimilado ya en su corta vida? Curiosamente, en su texto, que es posterior a la experienciamía que estoy relatando, Kundera (2009: 35) relaciona finalmente aquel pasaje de *El idiota* con un programa de televisión que desgastadamente seguía en su casa. en el que un abigarrado grupo de personas compuesto por actores, presentadores, políticos, escritores y *tutti quanti* “reaccionan con cualquier pretexto abriendo la boca de par en par emitiendo sonidos muy fuertes y haciendo gestos exagerados; dicho de otro modo, ríen”. Y piensa que si entre ellos hubiese caído el personaje de Dostoievski, todos los hubiesen acogido “con gran alboroto en su mundo de risa sin humor en el que estamos condenados a vivir”.

Volviendo a la reflexión desencadenada por la velada bueriana de los estudiantes madrileños, en muchas de aquellas horas televisivas, por caso en las ficciones que se les hubiesen ofrecido, el registro no solamente habría sido cómico sino que estaría acompañado del refuerzo de unas risas enlatadas que desde la propia banda sonora de la emisión inducirían una respuesta unánimemente unívoca. En cierto modo, la televisión es fundamentalmente comedia, hasta el extremo de que pueda llegar a sugerir a las nuevas generaciones una identidad funcional entre la comedia y el espectáculo televisivo.

El paso siguiente en mi argumentación me llevó al terreno de lo que será el motivo central de mi conferencia. La pregunta es sencilla: ¿estaría asistiendo a una manifestación cristalina de un cambio radical de sensibilidad entre la juventud? Después de que durante veinticinco siglos las personas reaccionasen ante la tragedia como tragedia y ante la comedia como comedia, ¿la poderosa mediación televisiva de que hablamos sería quien de cambiar tan profundamente las bases de la condición humana y nuestra capacidad de comprensión hasta el extremo de abrir una quiebra insuperable entre Antonio Buero Vallejo, o incluso mi generación, nacida cuando *Historia de una escalera* estaba ya escrita, y los espectadores potenciales de hoy?

Con motivo de la publicación en México de mi último libro (Villanueva, 2008), que incluye un capítulo titulado “Después de la Galaxia Gutenberg y de la Galaxia McLuhan” en el que hago

referencia a aquella representación madrileña de *Historia de una escalera*, una institución mexicana denominada 17, *Instituto de Estudios Críticos* (diecisiete por el número de la casa en que convivieron psicoanalistas con los investigadores sociales de la Escuela de Frankfurt en los años treinta) me invitó a participar, a lo largo de la semana del 27 de abril al 3 de mayo de 2009, en una interesante iniciativa de presentación de algunas de mis ideas al respecto y posterior diálogo *on line* enmarcada en el ciclo titulado “Vocaciones contemporáneas del editor”.

Una de mis *internetlocutoras*, Violeta Celis, me ilustraba con otra experiencia suya de índole semejante. Aprovechando la visita de la artista rusa Olia Lialina, pionera de la tendencia conocida como Net Art, Violeta organizó un taller introductorio al arte en redes con diez alumnos de una escuela secundaria pública y otros tantos de preparatoria en un colegio privado.

Los primeros no estaban en absoluto familiarizados con internet y el universo digital. Y así, mostraron una gran capacidad de asombro, mezclado con su conciencia del desconocimiento del medio artístico y un cierto temor, que fueron venciendo poco a poco al tiempo que durante dos semanas experimentaban junto a un tutor las ilimitadas posibilidades que tenían a su alcance solo con mover su ratón.

Por el contrario, el segundo grupo, más favorecidos económica y socialmente y con la ventaja de su diferencia de edad con los anteriormente mencionados –de todos modos, tan solo tres o cuatro años–, exhibían una considerable familiaridad con las nuevas tecnologías, pero ante la experiencia artístico-educativa a que eran sometidos manifestaban apatía y desgana. Y concluía Violeta Celis en nuestro foro del 29 de abril: “Simplemente no les interesaba conocer los inicios de un arte que sigue siendo significativo y que nació casi junto a ellos. Es más, no entendían por qué la Internet era utilizada para hacer arte y lo que les desplegaba la artista en una pantalla les hablaba de un tiempo, de una composición y una tipografía signica que era más antigua que la propia Biblia”.

Violeta Celis concluía coincidiendo conmigo en un terreno al que inevitablemente habríamos de llegar juntos: el de un nuevo espacio educativo en el que los profesores (nosotros) y los

alumnos nacidos ya en la Galaxia Internet encontremos y utilicemos códigos comunes. Debemos al tecnólogo Marc Prensky la distinción, tan cierta, entre los “digital natives” (ellos), y los “digital immigrants” (nosotros). Violeta y yo en cuanto participantes en aquel foro mexicano en el que coincidimos, podemos ser reconocidos como “webnautas”, y quizá, esforzándonos un poco, podríamos llegar a ser pronto “webactores” si somos capaces, como apuntan Pisani y Piotet (2008: p. 109) de producir, actuar en, modificar y dar forma a la web de hoy, la Web 2.0. Más difícil veo yo, aunque nada es imposible, que nosotros utilicemos como ellos herramientas como Facebook, MySpace o los blogs para “construir nuestra identidad en relación a los demás al margen de cualquier mecanismo institucional tradicional” (Pisani y Piotet, 2008: 42).

La nueva Galaxia que sucedió a la de Gutenberg es reconocida por los filósofos de la llamada Transmodernidad como la “Galaxia McLuhan”. El investigador canadiense murió en 1980, y en el cuarto de siglo que nos separa de su fallecimiento ocurrieron acontecimientos transcendentales para la historia de la Humanidad vista desde la perspectiva que McLuhan hiciera suya. En sus escritos se menciona ya el ordenador como un instrumento más de fijación electrónica de la información, pero lo más interesante para nosotros resulta, sin duda, la impronta profética que en algunos momentos McLuhan manifiesta a este respecto. Así, cuando en su libro de 1962 trata de cómo la nueva interdependencia electrónica recrea el mundo a imagen y semejanza de una aldea global, McLuhan (1969: 55) escribe: “En lugar de evolucionar hacia una enorme biblioteca de Alejandría, el mundo se ha convertido en un ordenador, un cerebro electrónico, exactamente como en un relato de ciencia ficción para niños. Y a medida que nuestros sentidos han salido de nosotros, el GRAN HERMANO ha entrado en nuestro interior”.

Unos pocos años más tarde, en la extensa entrevista que una conocida y muy popular revista norteamericana le había hecho, McLuhan expresa una premonición referida a los ordenadores que habla de lo que en aquel momento no era más que un sueño y, por lo contrario, hoy es la realidad más determinante de lo que, con Manuel Castells (2001), vamos a denominar la *Galaxia*

Internet. Decía McLuhan que “el ordenador mantiene la promesa de engendrar tecnológicamente un estado de entendimiento y unidad universales, un estado de absorción en el logos que pueda unir a la humanidad en una familia y crear una perpetuidad de armonía colectiva y paz. (...). La integración comunal psíquica, lograda al fin por los medios electrónicos, podría crear la universalidad de conciencia prevista por Dante (...). En un sentido cristiano es meramente una nueva interpretación del cuerpo místico de Cristo; y Cristo, después de todo, es la última extensión del hombre” (McLuhan y Zingrone, 1998: 314). En las últimas palabras transcritas asoma una de las peculiaridades del autor, su condición confesa y militante de católico que tanto sorprende a algunos de sus lectores, como también la expresión aforística de su pensar y el desarrollo fragmentario, a borbotones, de sus ideas.

El canadiense no llegó a ver, sin embargo, el nacimiento de la Galaxia Internet. Manuel Castells (2001: 31) ratifica cuándo se produjo dicho nacimiento al afirmar que aunque la red estaba ya en la mente de los informáticos desde principios de los sesenta, que en 1969 se había establecido una red de comunicación entre ordenadores y que, desde finales de los años sesenta, se habían formado varias comunidades interactivas de científicos y hackers, para la gente, para las empresas y para la sociedad en general, Internet nació en 1995.

Quiere esto decir que cuando cumplimos la primera quincena de años inmersos en la nueva Galaxia todavía no podemos dar por superado lo que bien podríamos llamar el “periodo incunable” de la nueva cultura generada por Internet. Mas basta con el tiempo pasado para preguntarnos si se pueden detectar ya o no sus efectos, más o menos evidentes, en la propia condición humana.

Aquellos jovencísimos espectadores de la representación madrileña de *Historia de una escalera* tendrían, cuando el comienzo de Internet, los mismos años que yo cuando la televisión comenzó su andadura en España. A mi casa aún tardaría un lustro en llegar la pequeña pantalla, pero ellos sin duda accedieron más pronto a la red, bien en la escuela bien en su domicilio: los tiempos van ahora mucho más prestos. De todos

modos, supongo que comparto con ellos un mismo acomodo a la Galaxia Internet, aunque para mí no es ésta la burbuja en la que nací, crecí y aprendí a leer. Probablemente, en el caso de que su lectura cómica del drama de Buero Vallejo, tan ajena a mi propia sensibilidad, fuese fruto de una mediación externa, muy poderosa, yo pensaría antes en la influencia de la Galaxia McLuhan, y dentro de ella de la omnipresente televisión, que de la responsabilidad de Internet.

Igual que sucediera con la arribada de la escritura –recordemos la actitud de Sócrates– o con el invento de la imprenta –a la que el propio McLuhan, ciertamente muy de pasada, llega a atribuirle el contagio de la esquizofrenia y la alienación como “consecuencias inevitables” de la alfabetización fonética (McLuhan y Zingrone, 1998: 291)–, es legítimo hacernos la misma pregunta que se hace el apocalíptico Sven Birkerts (1999: 285): “¿por qué tan poca gente se pregunta hasta qué punto no estaremos cambiando nosotros mismos ni si estos cambios son para bien?”. Las respuestas que él mismo encuentra son todas ellas negativas y amenazantes. Los medios tecnológicos nos apartan cada vez más de lo natural, nos alienan de nuestro ser fundamental. Una poderosa cortina electrónica se interpone entre cada uno de nosotros, los demás, la naturaleza y, en definitiva, la realidad. Si cada individuo posee un “aura” propia –el término viene de Walter Benjamín y de a su definición de la obra de arte–, una presencia única, estamos sufriendo una erosión gradual pero constante de dicha presencia humana, tanto en el plano individual como en el del conjunto de nuestra especie. El resultado final será, inexorablemente, la más absoluta superficialidad –Marcuse hablaba también de “unidimensionalidad”–. Huyendo de la profundidad inherente al ser humano hasta hoy, estamos acomodándonos “a la seguridad prometida de una vasta conectividad lateral” (Birkerts, 1999: 293).

McLuhan hablaba en la citada entrevista de los “niños televisivos” como actores de la Galaxia Gutenberg, pero nosotros ya habitamos en la Galaxia Internet y por eso Nicolás Negroponte (199: 272) emplea por su parte la expresión “niños digitales”, antesala de los “nativos digitales” de Marc Prensky que ya están dejando de ser adolescentes. Por cierto: no sé si mis

coespectadores de *Historia de una escalera* responderían mejor a una o a la otra de esas denominaciones (probablemente a ambas). Por más que se calculara que cualquiera de aquellos niños de McLuhan ingresaba en la guardería con 4.000 horas de televisión a sus espaldas, el pensador consideraba que con ellos seguía siendo enteramente posible una “mezcla creativa” de las dos culturas, la alfabético-gutenbergiana y la “eléctrica”.

Porque la secuencia de Galaxias, como hemos comentado ya, no representa compartimentos estancos y tránsitos irreversibles. El propio McLuhan recordaba cómo los sistemas de comunicación eléctrica –pensemos en la radio y la televisión– representaron un claro retorno de la oralidad a la esfera de la comunicación humana y la transmisión cultural.

Ciertamente, la impronta de la voz y la función determinante del oído ahorma de nuevo el siglo XX en el que, si reparamos bien en el asunto, la televisión doméstica se construye sobre los cimientos genéricos y temáticos de la radio, hasta el punto de que algunos teóricos de la comunicación hablan a este respecto de *audiovisión*. Pues bien, una regresión semejante está claro que se produce entre la Galaxia Internet y la Galaxia Gutenberg. Umberto Eco (Nunberg, 1998: 305) clausuraba en 1994 un simposio sobre el futuro del libro advirtiendo que “la característica principal de una pantalla de ordenador es que alberga y muestra más letras que imágenes. La nueva generación se acercará al alfabeto más que a las imágenes. Volvemos de nuevo a la Galaxia Gutenberg, y estoy seguro de que si McLuhan hubiera sobrevivido hasta la carrera de Apple hacia el Silicon Valley, se hubiera maravillado ante este acontecimiento portentoso”. No es de extrañar, así pues, que T. Nelson, uno de los *gurús* del hipertexto, llame a los ordenadores “máquinas literarias”.

Sin negarle entidad e interés, ni mucho menos, a las disquisiciones teóricas sobre las Galaxias, desde el alfabeto de los mesopotámicos (hoy, iraquíes) hasta Tim Berners Lee, a mí lo que me preocupa son las personas y el futuro. A fuer de humanista, veo todo este gran y magnífico embrollo tecnológico en clave humana: la de los que emigramos desde otra Galaxia pero no renunciamos a vivir en la nueva (y otras por venir), y a la

vez en la otra clave de los nativos digitales que ya han nacido y los que van a nacer.

Cuando se habla de la “digital divide”, de la quiebra digital, se alude a la diferencia discriminativa e insalvable que se puede establecer en cuanto al uso y disfrute de las nuevas tecnologías por parte de los distintos países, sociedades o grupo sociales. Pero a mí me interesa también la posible quiebra digital entre generaciones. Que dejemos de hablar un mismo lenguaje; y, sobre todo, que dejemos de compartir protocolos comunes para el desarrollo del pensamiento. No que dejemos de pensar igual, lo que es imposible amén de inconveniente, sino conforme a una lógica sustancialmente común, fruto de determinados procesos cognitivos compartible entre nosotros y nuestros hijos y nietos, o nuestros alumnos.

Para que la Galaxia Internet propicie un refuerzo de la lectoescritura como fundamento de la educación humana es necesario que se implementen estrategias docentes bien articuladas y plenamente conscientes de los fines que se persiguen, lo que era uno de los caballos de batalla del último McLuhan, convencido un tanto hiperbólicamente, como a veces le gustaba manifestarse, de que las escuelas de los años sesenta y setenta eran “instituciones penales intelectuales”.

Comencé estas páginas con el relato de una experiencia personal desasosegante: la contradictoria por risueña representación de *Historia de una escalera*. Cumple que ahora, abusando una vez más de la paciencia de mis oyentes, eche mano de otra vivencia que fue por el contrario plenamente satisfactoria para mí.

Allá por el otoño de 2002 fui invitado a visitar en la villa gallega de Arteixo el “Centro de Desarrollo y Tecnología” vinculado por la Fundación Amancio Ortega al proyecto “Ponte dos Brozos”. El mentado proyecto pretendía la mejora de los procesos de enseñanza y aprendizaje en el contexto de la Galaxia Internet a partir del trabajo en tres centros del Ayuntamiento local que incluían el segundo ciclo de infantil, primaria, enseñanza secundaria obligatoria, bachillerato y ciclos formativos de Formación Profesional.

En las aulas piloto que visité, los lapiceros, mapas, libros y la

plastilina de colores convivían con ordenadores de sobremesa y portátiles, con pantallas digitales, escáneres e impresoras. La conectividad estaba garantizada, y formaba parte del conjunto de recursos de que los alumnos disponían con absoluta facilidad.

Nunca olvidaré, tampoco, que en la gran pantalla del aula, así como en las pequeñas de los ordenadores, aparecía un texto, un fragmento de la novelita picaresca *Lazarillo de Tormes*. Y que la fuente de la que procedía eran los fondos digitalizados de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes que fue fundada en la Universidad de Alicante poco antes de aquella visita mía a Arteixo, concretamente en 1999.

Desde entonces y hasta hoy, la Biblioteca Virtual (<http://www.cervantesvirtual.com>) ha servido quinientos millones de páginas: el mes de mayo de 2007 fueron ya por vez primera doce millones, de las que menos del cuarenta por ciento fueron solicitadas desde Europa. El catálogo de la biblioteca oferta 30.000 registros bibliográficos o documentales en general, que se van incrementando día a día. La cifra, aunque modesta si la comparamos con los fondos de las mejores bibliotecas presenciales, es meritoria en el ámbito de lo virtual si tenemos en cuenta que el “Gutenberg Project” (<http://www.gutenberg.org>), constituido en los primeros años setenta como un banco de textos informatizados, dispone de 19.000 títulos y recibe mensualmente dos millones de descargas.

José A. Antonio Millán, uno de los más acreditados expertos españoles en la Galaxia Internet, sostiene la tesis, que yo comparto, de que la lectura es la llave del conocimiento en la sociedad de la información. La red proporciona esta última a borbotones, en términos nunca antes logrados, pero no basta con eso. El único instrumento para la absorción individual de la información y su transformación en conocimiento es la lectura, que es una actividad individual, creativa, pero susceptible de ser inducida y tutorizada por los profesores.

Harold Bloom, como es bien sabido, construye sobre la lectura, que para él es siempre un *misreading* cuando va seguida de la escritura de una nueva obra, toda su teoría literaria, fundamentada en el canon de los libros eminentes que en la Historia han sido. Su escepticismo al respecto lo sitúa muy cerca

de otros apocalípticos. Abrumado por la proliferación de nuevas tecnologías para llenar el ocio, y rodeado como se siente por los militantes de la que él mismo denomina “escuela del resentimiento” negadora del canon, entre los cuales reconoce incluso a varios de sus discípulos de Yale, considera casi imposible la tarea de enseñar a leer, porque –se pregunta– “¿cómo puedes enseñar la soledad?”, y la “verdadera lectura es una actividad solitaria” (Bloom, 1995: 527). Pero no por ello en la “conclusión elegíaca” a su polémico libro de 1994, se priva de proclamar: “regreso no para decirlos qué leer ni cómo leer, sino para hablarlos de lo que yo he leído y considero digno de releer, probablemente la única prueba auténtica para saber si una obra es canónica o no” (Bloom, 1995: 526).

George Steiner, una de las máximas figuras del humanismo actual como Marcelino Menéndez Pelayo lo fue en su momento, quisiera ser recordado como un “buen maestro de lectura”. Y el prematuramente desaparecido comparatista e intelectual palestino, Edward Said, afirmaba, asimismo, poco antes de su fallecimiento que su trabajo como humanista era precisamente la lectura de textos fundamentales, procedieran de donde procedieran. “Lo que yo enseño –concluía Said (2003: 82)– es cómo leer”. Leer para aprender.

Soy también un humilde maestro, y esa es mi condición más genuina; pero no por deformación profesional o por interés de gremio sino por mera ciudadanía considero que la educación es el fundamento de los mejores logros de la sociedad y el instrumento insustituible para la buena gobernanza de la república. Las nuevas galaxias de la información y la comunicación precisan también de nuevas pautas pedagógicas, algunas de las cuales, por otra parte, tienen que ver con una educación para la nueva tecnología (Millán, 1998). Ese es el gran reto para las generaciones de los que no fueron –no fuimos– “niños digitales” porque tal posibilidad era utópica cuando eran chicos, y hoy escribimos, enseñamos, investigamos o nos gobiernan.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Berners-Lee, Tim, 2000: *Tejiendo la red*, Madrid, Siglo XXI.
- Birkerts, Sven, 1999: *Elegía a Gutenberg. El futuro de la lectura en la era electrónica*, Madrid, Alianza Editorial.
- Bloom, Harold, 1995: *El canon occidental. La escuela y los libros de todas las épocas*, Barcelona, Anagrama.
- Bourdieu, Pierre, 1996: *Sur la televisión*, Paris, Liber-Raison d'agir.
- Bruner, Jerome Seymour, 1986: *Actual Minds, Possible Worlds*, Cambridge, Harvard University Press.
- Bustamante, Enrique (compilador), 2003: *Hacia un nuevo sistema mundial de comunicación. Las industrias culturales en la era digital*, Barcelona, Gedisa.
- Castells, Manuel, 1997: *La era de la información. Vol. 1. La sociedad red*, Madrid, Alianza Editorial.
- _____, 1998a: *La era de la información. Vol. II. Economía, sociedad y cultura*, Madrid, Alianza Editorial.
- _____, 1998b: *La era de la información. Vol. III. Fin de milenio*, Madrid, Alianza Editorial.
- _____, 2001: *La Galaxia Internet. Reflexiones sobre Internet, empresa y sociedad*, Barcelona, Plaza & Janés.
- Cavalli Sforza, Luigi Luca, 2006: *La evolución de la cultura*, Barcelona, Anagrama.
- Cristal, David, 2002: *El lenguaje e Internet*, Madrid, Cambridge University Press.
- Chion, Michel, 1993: *La audiovisión: introducción a un análisis conjunto de la imagen y el sonido*, Barcelona, Paidós.
- Eco, Umberto, 1968: *Apocalípticos e integrados ante la cultura de masas*, Barcelona, Lumen.
- _____, 1992: *Los límites de la interpretación*, Barcelona, Lumen.
- _____, 2002: *Sobre literatura*, Barcelona, RqueR editor.
- Gómez de Liaño, Ignacio, 1982: *El idioma de la imaginación*, Madrid, Taurus.

- González Quirós, José Luis, y Gherab Martín, Karim, 2006: *El templo del saber. Hacia la biblioteca digital universal*, Barcelona, Ediciones Deusto.
- Goodman, Nelson, 1988: *Ways of Worldmaking*, Indianápolis, Hackett.
- Jeanneney, Jean-Noël, 2006: *Quand Google défie l'Europe. Plaidoyer pour un sursaut*, Paris, Mille et une nuits (segunda edición, revisada, aumentada y puesta al día).
- Kernan, Alvin, 1990: *The Death of Literature*, New-Haven/Londres, Yale University Press.
- Kundera, Milan, 2009: *Un encuentro*, Barcelona, Tusquets.
- Lledó, Emilio, 1992: *El surco del tiempo. Meditaciones sobre el mito platónico de la escritura y la memoria*, Barcelona, Crítica.
- May, Renato, 1959: *Cine y televisión*, Madrid, Rialp.
- McLuhan, Marshall, 1969: *La galaxia Gutenberg. Génesis del Homo Typographicus*, Madrid, Aguilar.
- , 1994: *Understanding Media. The Extensions of Man*, Cambridge/London, The MIT Press.
- McLuhan, Eric, y Zingrone, Frank (compiladores), 1998: *McLuhan. Escritos esenciales*, Barcelona, Paidós.
- Millán, José Antonio, 1998: *De redes y saberes. Cultura y educación en las nuevas tecnologías*, Madrid, Grupo Santillana.
- Millán, José Antonio, 2001: *La lectura y la sociedad del conocimiento*, Madrid, Federación de Gremios de Editores de España.
- Millán, José Antonio (compilador), 2008: *La lectura en España. Informe 2008*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez y Federación de Gremios de Editores de España.
- Murray, Janet, 1999: *Hamlet en la holocubierta. El futuro de la narrativa en el ciberespacio*, Barcelona, Paidós.
- Negroponte, Nicholas, 1999: *El mundo digital. Un futuro que ya ha llegado*, Barcelona, Ediciones B. S. A.
- Nunberg, Geoffrey (compilador), 1998: *El futuro del libro. ¿Esto matará eso?*, Barcelona, Paidós.
- O'Donnell, James, 2000: *Avatares de la palabra. Del papiro al ciberespacio*, Barcelona, Paidós.
- Ong, Walter J., 1987: *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, México, F. C. E.

- Pisani, Francis, y Piotet, Dominique, 2008, *La alquimia de las multitudes. Cómo la web está cambiando el mundo*, Barcelona, Paidós.
- Platón, 1984: *Diálogos*, México, Porrúa.
- Rodríguez Magda, Rosa María, 1989: *La sonrisa de Saturno. Hacia una teoría transmoderna*, Barcelona, Anthropos.
- , 2003: “La globalización como totalidad transmoderna”, *Claves de Razón Práctica*, 134, 22-30.
- , 2004: *Transmodernidad*, Barcelona, Anthropos.
- Said, Edward, 2003: *The Art of Reading/El arte de leer*, Universidad de Oviedo.
- Sassoon, Donald, 2006: *Cultura. El patrimonio común de los europeos*, Barcelona, Crítica.
- Sennett, Richard, 2006: *La cultura del nuevo capitalismo*, Barcelona, Anagrama.
- Steiner, George, 2001: *La muerte de la tragedia*, Barcelona, Azul Editorial. Primera edición de 1961.
- , 2004: *Lecciones de los maestros*, Madrid, Siruela.
- Terceiro, José B., 1996: *Socied@d digit@l. Del homo sapiens al homo digitalis*, Madrid, Alianza Editorial.
- Terceiro, José B., y Matías, Gustavo, 2001: *Digitalismo. El nuevo horizonte sociocultural*, Madrid, Taurus.
- Thompson, Demian, 1998: *El fin del tiempo*, Madrid, Taurus.
- Villanueva, Darío, 2008: *Las fábulas mentirosas. Lectura, realidad, ficción*, Universidad Autónoma de Aguascalientes, Aguascalientes (México).
- Wittgenstein, Ludwig, 1973: *Tractatus Logico-Philosophicus*, versión de E. Tierno Galván, Madrid, Alianza Editorial.
- Zaid, Gabriel, 1996: *Los demasiados libros*, Barcelona, Anagrama.

